

CAPITALISMOS a 10 años de la crisis financiera global.

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Ensayo

Claudia Sanhueza

29 de Agosto, 2018

Nadie puede dudar que la última década poscrisis “financiera” ha sido compleja –tanto en Chile como en el mundo–, en contraste con el período posguerra fría, que había sido relativamente tranquila. De hecho, algunos habían determinado el fin de la historia.

Lo que estamos viendo hoy: el problema político.

Una de las complejidades ha sido la creciente pérdida de confianza en las instituciones “tradicionales”, especialmente en los partidos políticos. Los datos indican que en ninguna parte la reducción de los militantes ha sido inferior al 25% (Van Biezen et al., 2012). Esto se refleja también en una disminución continua de la participación en las votaciones (política formal) y al mismo tiempo un aumento de la participación en organizaciones sociales, activismo, protesta y otras actividades de participación colectiva (política no-formal).

Además, los resultados electorales también han sido “extraños”. La llegada de Trump a la presidencia de los Estados Unidos y el auge de partidos nacionalistas en Europa, con la conjunta caída de los partidos tradicionales de izquierda. Esto último parece extraño ya que se supone que la crisis financiera no fue causada por la izquierda, sino por el sistema capitalista. Es más, con tanto malestar (hoy Quintero, ayer Aysén y las pensiones, mañana cualquier otra cosa, pues hay más de 100 conflictos socioambientales a lo largo del país) ¿Cómo es que ganó Piñera?

Capitalismo y democracia: una crisis permanente de legitimidad

Sin embargo, todo esto parece más debido a la política que a la economía. Creo que ese es el gran problema con el capitalismo, y lo mostró muy bien la última crisis financiera. El capitalismo afecta gravemente el funcionamiento de la democracia (desde mi perspectiva más preocupante por el funcionamiento de la democracia, que por el capitalismo). De hecho, la última crisis financiera para

algunos intelectuales como Wolfgang Streeck fue una crisis de legitimidad del capitalismo y una crisis fiscal.

Porque el capital tiene gran poder y exige sus retornos. Una asimetría básica de una economía política capitalista –dice Streeck– consiste en el hecho de que las demandas del “capital” por rentabilidades “adecuadas” operan como prerequisites para el funcionamiento de todo el sistema, en cambio las demandas del “trabajo” son contraproducentes.

El capital actúa sin preguntar. Por ejemplo, relativo a la ciudad y a las inversiones inmobiliarias. Supongamos que una inmobiliaria compra paños de suelo a precios bajos antes de la llegada del Metro (sabiendo que llegará en algún momento). Una vez construido el Metro, las inmobiliarias desarrollan grandes proyectos habitacionales y de otro tipo. Al tiempo que generan grandes rentas para sí mismas, también tienen altos costos para la comunidad, tanto durante el proceso de construcción como después de construido. La comunidad afectada, sin embargo, no tuvo voz. Para el mercado, la voz de esta comunidad no existe.

El “capital” tiene la capacidad de modelar las reglas bajo las cuales se vive. En los países desarrollados esto fue más evidente. Por una parte, se financiaron los derechos sociales –el gasto público– con deuda pública, no con impuestos (esto es interesante en la discusión chilena hoy). El capital no quiso pagar impuestos más altos, pero sí estuvo dispuesto a endeudar a los estados. Claro, porque si los endeuda, los posee. De hecho, la gran falla de los sectores de centroizquierda fue no reconocer, negar y oponerse a regular el sector financiero en los 90’ y consentir ese boom ilusorio, dando crédito a la crítica de “no a los duros” y cediendo paso a una gobernanza suave y “amigable” con las grandes empresas.

El crecimiento económico del capitalismo de los 90’ está pagando los costos sociales de sus ganancias. Los gobiernos no solamente no aceptaron el hecho de que la desigualdad estaba creciendo entre los más ricos y los más pobres, sino que la promovieron de alguna manera cuando bajaron los impuestos y promovieron reformas de los estados de bienestar funcionales al progreso capitalista.

Las políticas de liberalización de todos los gobiernos en el mundo capitalista (tanto conservadores como socialdemócratas) que se adoptaron en los 90’, se supone que traerían prosperidad en el largo plazo, a través de la adaptación de las sociedades a las nuevas condiciones de los mercados y el

sistema financiero (más deuda, más inversión). De lo que no se dieron cuenta fue la incompatibilidad del capitalismo con la democracia, aunque esto podría haber sido posible con una fuerte regulación e intervención del mercado financiero.

Pero la demanda era otra: liberalización, desregulación y privatización.

Hay quienes recalcan las bondades del “capitalismo financiero”. El acceso al crédito tanto para consumo como para inversión. El problema es que se aumenta artificialmente los ingresos de las personas, quienes efectivamente no ven los costos asociados al endeudamiento hasta que ya es muy tarde. El mayor consumo hoy se paga con creces en el futuro. Al mismo tiempo, hay acceso al crédito para inversiones. Las preguntas son ¿en qué invierte el capitalismo? ¿Qué financia? ¿Cuáles actividades productivas? Lamentablemente también los inversionistas no consideran los costos futuros, como por ejemplo en temas medioambientales.

Las otras consecuencias del capitalismo

Esta crisis no sólo perjudica a la democracia. Existen otras dimensiones, que a su vez también afecta el funcionamiento del capitalismo.

Al capitalismo no le importa la *desigualdad*. Es más, la causa. Los niveles de concentración del ingreso en el 1% más rico están llegando a la era preguerra mundial en los Estados Unidos y aumentando en el resto del mundo, ¿y qué importa? Importa por razones de justicia social. La igualdad de oportunidades que tanto manoseamos cuando hablamos, no es otra cosa que partir todos del mismo lugar. Pero quien diga que la acumulación de riqueza no produce una desigualdad en la partida, miente. Los hijos e hijas de la elite económica parte de un lugar mucho más privilegiado. Muchas veces no hacen nada por moverse de donde están, ¿para qué? si ya tienen todo. Así lo estudió el sociólogo norteamericano Shamus Khan. Una mala distribución de condiciones materiales y sociales como las que produce el funcionamiento del capitalismo, implica que sólo unos tienen el privilegio de vivir con la certeza de una vida próspera. Los demás quizás. En otras palabras, la libertad en una sociedad capitalista se transforma en privilegio. Es más, una de las principales razones por las cuales se aceptan los resultados desiguales, es porque provienen del propio esfuerzo. No obstante, con tal desigualdad de la riqueza no hay forma de que los resultados provengan del propio esfuerzo.

Por otra parte, el *trabajo está mal distribuido*. ¿Quién tiene un trabajo significativo hoy en día? ¿Quién tiene un trabajo enriquecedor? ¿Cuántos de ustedes que están acá llegarán a limpiar sus casas? El valor del trabajo no es solamente el salario, el valor del trabajo es también cuánto enriquece la vida del ser humano. En una sociedad capitalista hay una distribución de las actividades laborales en relación a los talentos, privilegios, poder y suerte, dejando ciertas actividades no placenteras concentradas en algunas personas, quienes nunca han sido compensadas por aquella labor. Por ejemplo, en las mujeres.

Finalmente, promueve el *individualismo*. Cada uno resuelve sus propios problemas. Los seguros privados y la privatización de los derechos sociales hacen que no haya espacios de encuentro entre quienes tienen el poder económico y quienes no. El individualismo y la soledad se apoderan de la sociedad. Una soledad estructural que ha aumentado los suicidios en el mundo desarrollado (estudio para OECD).

La crisis de legitimidad y la implicancia política

En la última crisis financiera, quedó en evidencia que el capitalismo afectó la democracia y esto afectó la política fiscal y las regulaciones financieras.

Todo esto se ha transformado en un problema político. Lamentablemente la centroizquierda ha quedado inmovilizada y ha perdido terreno. Su fracaso no se debe a que los ciudadanos sean hoy procapitalistas, sino porque no ha sabido tomar el lugar que le corresponde. Se creyó, como dijimos antes, el discurso de no ser “los duros”. Ahora están al acecho los populistas de extrema derecha. Los nacionalistas como Trump, que no ganan con discursos procapitalistas, sino más bien lo contrario.

Desafíos

El desafío entonces es para las izquierdas emergentes. Alternativas a los problemas que genera el funcionamiento del capitalismo han sido discutidas por Hahnel y Olin Wright (2014)¹, quienes muestran que una forma de distribuir mejor pasa por democratizar la economía. Esto significa que los ciudadanos puedan afectar una decisión económica, en función de cuánto los perjudica esta

¹ Hahnel, Robin and Wright, Eric Olin, *Alternatives to Capitalism: Proposals for a Democratic Economy New Left Project*, 2014.

decisión. Y, por ende, se puedan en realidad redistribuir tanto el poder de una determinada decisión, como los beneficios económicos y los costos que éstas generan, junto con reducir claramente el conflicto. Una mejor sociedad, más igualitaria, más democrática y que al mismo tiempo invierte y crece.